

NOTICIAS DE UNA VISITA MINISTERIAL¹

PRIMERA PARTE. MÍNIMO REPASO HISTÓRICO

Sin brío, bajo el discreto velo de un lenguaje regulado, apto más bien a un auditorio de empresarios desinteresados, así fue la presentación oficial hoy (12 de julio de 2023) de la reforma de la Ley 30 de 1992 por parte de la Ministra de Educación Aurora Vergara en el Edificio de Extensión de la Universidad de Antioquia.

Sin brío mayor, bajo la superstición de la fuerza magnética del poder central, como si no hubiera una historia de rebeldía estudiantil y una tradición de discusiones intelectuales académicas de décadas, que han dejado tras de sí una memoria de dolor viva y esperanzas colectivas, se sintió una exposición dosificada entre el tecnicismo funcional y unas gotas ocasionales de un *decolonialismo* al día. La destreza innegable de la alta funcionaria al absolver las 18 preguntas del Auditorio (cuyo evento logró conducir con mesura Hugo Buitrago, el director de la Unidad Especial de Paz) delató su talento, estudios/ investigaciones en Harvard, seguridad, carácter y experiencia ganadas seguramente en estos ocho meses en la cartera de educación.

Ni más ni menos.

Nada memorable si no fuera porque la reforma de la Educación Superior en Colombia se ofrece para todo lo contrario. Para una discusión sin tapujos ni concesiones de una trascendental importancia (disculpen aunar estos dos palabras tan solemnes) de cara a una reforma en que se debe poner de presente casi un siglo y medio de desaciertos y desatinos en la marcha de la institución universitaria, salvó el breve instante de la refundación de la Universidad Nacional en los años de la Revolución en Marcha.

Pues aquí no es trata de una reforma maquillada para tener más de lo mismo. Se trata de una discusión decisiva sobre los fundamentos torcidos de la nacionalidad colombiana. Y sobre todo sobre ello.

La pregunta es hoy, ante esta presentación (que no arrancó ni iras ni malentendidos) si es esta la reforma óptima deseable para ser radicada el próximo 20 de julio en el Congreso, es decir, si esta es la reforma universitaria que necesitamos, la que desea y exige el país de once y medio de votantes por la fórmula Petro Francia.

Las propuestas del aumento del 52% al 63% de la cobertura de la matrícula universitaria, de la adición presupuestal a la educación superior de un tanto por encima de lo regulado legalmente hasta ahora, del postulado antirracista del proyecto, de la recomposición del Consejo Superior Universitario (apertura a más profesores y estudiantes), de la puesta por la universidad regional (con vocación territorial), entre una docena más, es apenas un abre bocas, una manera de ambientar un gran propósito, sin lograr enraizar la discusión en los más decisivos asuntos universitarios que están entre manos.

No solo todos estábamos a la espera de más. Lo exigíamos. Vamos por puntos, para aparecer como didácticos, a la audiencia nacional.

Uno. La larga y triste historia de la educación superior o universitaria se remota a la reacción regeneracionista que, dando codazos a la recién fundada **Universidad Nacional de**

¹ Juan Guillermo Gómez García. Profesor Universidad de Antioquia. Facultad de Comunicaciones y Filología. Unidad Especial de Paz.

Colombia (en 1867 y dirigida por Manuel Ancízar), impuso al **Colegio Nuestra Señora del Rosario** (regentado por Monseñor Rafael María Carrasquilla) como eje matriz universitario, bajo el amparo doctrinal del neo-escolasticismo de Lovaina y la férula del Concordato. Este Concordato exigía la estricta observancia de la moral católica y el culto a los dogmas impuestos por el Papa Pío Nono. El Colegio del Rosario ponía jaque a la Universidad Nacional, el proyecto del liberalismo federalista que sucumbió en 1885, al calor de la consigna de Rafael Núñez: “Regeneración o muerte”. La sustitución del modelo universitario público y secular (Universidad Nacional) por uno privado confesional (Colegio del Rosario), es no solo un precedente sino una raíz profunda y decisiva que gravita en la génesis de la privatización del sistema universitario, vale decir, de la tarea ilustrada y homogenizadora del Estado constitucional y de derecho. Esta matriz histórica es la que da sentido y explica la estructura anómala, una estructura no estructural, un sistema de la asistemática e inclasificable existencia de más de 300 IES, como lo tuvo que calificar recientemente el Informe de la OCDE (2013), sin lograr los tecnócratas del organismo multilateral penetrar las profundas raíces históricas de la deformidad institucional tan arraigada y como inamovible...

Dos. Solo, y esto tras grandes debates ideológicos, refunda Alfonso López Puamarejo en 1936 (o mejor logra aglutinar de nuevo su esqueleto semi destrozado) la **Universidad Nacional de Colombia**, cuyo Campus hoy (La Ciudad Blanca) apenas da una pálida y desgredada idea de sus años dorados. La Universidad lopista resumía, en su momento, los ideales continentales de la Reforma de Córdoba, le daba a nuestra universidad un piso latinoamericanista. El Campus generoso, hecho para pensar una universidad nacional en grande, sin mezquinos intereses torcidos, articulado todo a las grandes corrientes del pensamiento político: eso fue la Universidad Nacional en la era lopista.

La Escuela Normal Superior (**ENS**), anexa a esta Universidad estatal pública, constituyó el brillante centro de investigación social tras la refundación de una idea de nación, pluri-étnica, multicultural, multi-clasista, trans-regional y de integración de géneros... (sobraba declarase nominalmente *antirracista*, pues ya lo era en la *praxis* diaria docente e investigativa).

El historiador Javier Ocampo López caracteriza esta memorable sintéticamente: “un profesor de una Escuela Normal Superior o de una Facultad de Ciencias de la Educación debe ser un científico en el área de su especialización y en ningún caso, un simple instructor; debe estar impregnado del método científico y de la alta investigación en el área que va a desarrollar; y debe ser por excelencia un docente, es decir un pedagogo de alto nivel que dirija con gran calidad el proceso enseñanza - aprendizaje; sus mejores métodos de la enseñanza o didácticos se realizarán por los caminos de los métodos científicos propios para cada una de las ciencias. Si la educación lleva a la formación integral del educando, ella es posible sólo a través de los métodos de investigación que llevan al descubrimiento y a la creación.” Este fue un proyecto de nación, de una nación secular, popular, multicultural en sus postulados vivos, institución universitaria de docencia, extensión e investigación en toda regla. La Ciudad Blanca recuerda los nombres de Francisco Socarras, Jaime Jaramillo Uribe, Virginia Gutiérrez de Pineda, Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez, Luis Duque Gómez, Antonio García, Ots Capdequi, Orlando Fals Borda, Camilo Torres, Santiago García, Rubén Jaramillo Vélez, entre docenas más.

La universidad pública, la Nacional, pero también la de Antioquia, UIS, Valle, Pedagógica, la Pedagógica de Pereira y de Tunja, etc. reclaman para sí sus luchas estudiantiles, sus muertos, sus líderes desaparecidos, sus logros sociales y académicos (y retrocesos como repuestas gubernamentales) a punta de discusiones, paros, pedreas, gracias a valientes

estudiantes (y también docentes) que han salido a protestar contra las injusticias, contra el abandono, por las clases más desfavorecidas. Hombres y mujeres, que fueron apresados, torturados, exiliados, y que no fueron recordados en esta ocasión. Pero que debemos resaltar: la primera pedrea contra el régimen conservador de Mariano Ospina Pérez, en el centro de Bogotá, y también la primera invasión a los predios universitarios (no hablo de los Andes ni Javeriana ni UPB ni EAFIT, que han sido inmaculadamente respetados como las autoridades coloniales respetaban los templos católicos), con tanquetas, ya en el Frente Nacional. Recordar los 8 y 9 de junio, que no fueron mencionados por la Ministra en esta ocasión y por ninguno de los asistentes al evento. Tanto olvido es lamentable.

Como reacción al Alma mater de la Nación, que representaba el Campus de la Ciudad Blanca (diseñada con trazos de soberbia limpieza estética por discípulos de la Bauhaus), la Iglesia movió ese mismo años sus fichas y sacaron de la manga de sus dogmatismo contra-reformista, la **Universidad Javeriana** en Bogotá (en esta estuvo la mano de Eduardo Santos) y la **Universidad Pontificia Bolivariana** (apropiándose abusivamente del nombre del volteriano y librepensador Simón Bolívar), y aupada por los profesores más conservadores de la Universidad de Antioquia enconadamente molestos por las políticas educativas de López Pumarejo, al que señalaban como agente del KOMITERN.

Tres. Fue con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, justo hace 75 años, que las elites del poder, la llamada oligarquía del dinero (liberal-conservadora), fundan la **Universidad de Los Andes**. Esta tiene nace por el propósito múltiple de cerrar filas de las oligarquías (hay tanto populismo en denunciar la oligarquía, aunque más en tratar de negar su existencia) ante el populacho del “Bogotazo” y desacreditar a los instigadores comunistas (Gerardo Molina y Jorge Zalamea y otros más) que había instigado a colgar a esas oligarquías, que sí existían, de los postes de la capital. El padrino del engendro uniandino, que convenía como anillo al dedo anti-comunista de la Guerra Fría, fue nada menos que Eisenhower. Sus dóciles pupilos criollos, el conservador Mario Laserna y el liberal Alberto Lleras Camargo, gestionaron con hábil fervor la creación de un centro de estudios, aglomeración recostada en los Cerros Orientales de Bogotá. Para esta universidad (su fundación está convenientemente caricaturizada por López Michelsen en *Los Elegidos*: es fruto de los socios del Atlantic Club), se creó, también como anillo al dedo, el ICETEX, para justamente gestionar becas para los que menos necesitan: los hijos de esa oligarquía, o del “país político” como los había denunciado Gaitán.

Cuatro. La Violencia inter-partidista que se desató con una tempestad bíblica sobre el país, en los años siguientes, sin tener piedad de nada ni parar ante ningún crimen de lesa humanidad por millares, tuvieron en Laureano Gómez en los breves meses de su presidencia (1950-1951) sus consecuencias desastrosas para el futuro de la universidad colombiana. Liquidada la **ENS**, vértebra de la investigación social colombiana (antropológica, sociológica, lingüística, psiquiátrica, histórica), y perseguidos sus cabezas más brillantes, el país va a resentir un golpe cuasi mortal que, sea dicho de paso, del que tardó décadas y décadas para reponerse, y solo parcialmente. El fanático Laureano Gómez en asocio con el fanático general Francisco Franco (se envió a Guillermo León Valencia como Embajador a Madrid), quiso sustituir este centro de investigaciones de la era lopista con la creación del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica (**ICCH**), quizá el más dinámico, en su modalidad

en el conjunto de los países de la “hispanidad”, en cuya residencia hoy opera el **ICAH**. Una de las labores de esos años fue volver a traer a Colombia a Julius Sieber (contratado por Pedro Nel Ospina en 1925, expulsado por López Pumarejo, luego condenado por nazismo en Alemania y luego recontratado por los regímenes conservador-franquistas de Ospina Pérez y Laureano Gómez), para hacerse cargo como rector de la **Universidad Pedagógica de Tunja** en 1953 y de este modo, tan inusualmente drástico, ser la cabeza de nuestros futuros educadores. Rojas Pinilla siguió consintiendo al pedagógico nazi, naturalmente, y a quien se le sigue tributando; a su memoria hay una I.E que lleva su nombre.

Cinco. Al par del desbarajuste de la Universidad Nacional y auge de Los Andes, van dándose, como por encanto de la ocasión, la fundación de otros centros educativos como la **Universidad de Medellín** (hoy maquinaria clientelar del partido liberal antioqueño), esta vez fundada por el cuerpo docente de profesores liberales expulsados por el fanatismo laureanista de sus colegas de la Universidad de Antioquia, y solo poco después de dar a vida al **Colegio Jorge Robledo**, para poder educar a los hijos de liberales hostigados por la clerecía en el San José y San Ignacio.

Seis. Poco después de la caída del general Rojas Pinilla, y como una especie de trato de paz entre las viejas oligarquías liberal conservadores que ya vislumbraban su restauración frente-nacionalista (la llamó Álvaro Gómez “el sagrado derecho a la continuidad”), se crea la **ASCUN**. La ingeniosa institución tuvo (y aun lograr tener) una influencia decisiva para concertar una especie de tratado inter-universitario, es decir, garantizar un equilibrio entre las universidades públicas y privadas. Es decir garantizar la feria universitaria de instituciones privadas universitarias. Así que ASCUN, por donde figuraron personajes tan disímiles como Monseñor Castro Silva (Universidad del Rosario), el masón Fernando Hinestrosa (Universidad Externado de Colombia), el conservador Jaime Posada (Universidad de América), todos unidos en el propósito evangélico de servir a la comunidad y garantizar llenarse los bolsillos con matrículas altas y salarios bajos para su cuerpo profesoral. Hoy ASCUN cobija cientos de universidades en su turbio seno.

Siete. ASCUN fue el inmediato precedente (y aquí se presenta lo bueno de este recuento de reliquias) del llamado **Informe ATCON**. Este Informe es un encargo al experto norteamericano, por la dirigencia del Frente Nacional. Una respuesta institucional (a parte de la Doctrina de la Seguridad Nacional de Yarborough, que decide la represión de Marquetalia) a una dirigencia que entra en pavor ante la Revolución cubana. El Informe ATCON les ofrece las fórmulas mágicas de la modernización de la universidad colombiana. El Informe ATCON fue un hito en la transformación o modernización de la universidad colombiana, para principios de los sesenta. Sus metas eran tres, si se puede resumir el documento recibido con gran alborozo por ministros de educación (incluido Jaime Posada o Pedro Gómez Valderrama) y los siguientes rectores de las universidades públicas como Jaime Sanín Echeverri, Mario Carvajal y luego Ignacio Vélez Escobar.

Las ideas de ATCON eran pocas y precisas, mejor dicho sus recomendaciones apuntaban a una cobertura o principios de masificación universitaria, modernización de las carreras tradicionales profesionalizantes para ser sustituidas por departamentos con vocación

científico investigativa, fortalecimiento de la administración rectoral central en detrimento de la atomización del poder del decano, diseño de un currículo básico de conocimientos científicos, artísticos de dos años para primeros años (estudios generales), biblioteca central, laboratorios y editorial, entre otras reformas. Siempre quedó en la mente del estudiantado su frase de que un estudiante en el Consejo Superior Universitario era como un espía en un estado mayor militar. El Informe ATCON era un catálogo de ideas muy comprensibles, de un experto funcionalista, no un ensayo filosófico de principios histórico-epistemológicos y políticos para debatir en el campo de la vida profesoral-intelectual. Obró en ello pues una imposición, no un debate de ideas con espíritu universitario.

La resistencia contra ATCON, que cobró una mayor especificidad gracias al **Plan Básico** de 1968, se intensificó en el curso de los años. Pero las reformas empezaron a ponerse en marcha. Así el sistema universitario colombiano que para 1960 comprendía unos veinte mil estudiantes, una década más tarde creció exponencialmente como a setenta mil. De esta época viene la observación sociológica que solo 1 % de los colombianos ostentaban título universitario. Universidad de élite, profesionalizante, parasitaria. Se introdujeron, en seguida, con relativo éxito los estudios generales que estaban destinados a despertar la curiosidad o talento científico de los “primiparos”, la mujer hizo presencia creciente y con todos estos cambios estructurales se logró romper la cáscara, decididamente anacrónica, semi-colonial y decimonónica de la universidad colombiana. Fue la época del debate de la teoría de la dependencia, en que Estanislao Zuleta, Mario Arrubla, Salomón Kalmanovitz, Álvaro Tirado Mejía, Jesús Antonio Bejarano, Margarita González (con sus editoriales como Oveja Negra, Tigre de Papel, La Carreta) se erigieron como íconos de resistencia universitaria tras una revolución posible.

Acompañó esta expansión de la matrícula y de la creciente curiosidad intelectual, el activismo político. La inestabilidad institucional fue inevitable, miles de nuevos estudiantes, hijos muchos de ellos de migrantes de primera generación del campo a la ciudad, irrumpieron en la vieja estructura jerárquica, en la vida universitaria que acompañó el ciclo de Camilo Torres e hicieron de las consignas anti-yanquis un credo primordial (la paradoja es que la creación de los Campus del Valle, Antioquia, UIS, Surcolombiana, UdeN eran frutos de las mismas recomendaciones del sociólogo de la educación ATCON). Los ecos de las batallas campales del 68 de París, el hipismo, la guerra de Vietnam, la invasión a República Dominicana (que fue invadida por los norteamericanos para evitar una nueva Cuba)...

El intento de poner orden a este panorama por el infante Luis Carlos Galán Ministro de Educación, de la desprestigiada presidencial de Misael Pastrana Borrero (al fin y al cabo fue un golpista del golpista Rojas Pinilla), fracasó en el intento de imponer una ley de educación superior que, desde sus primeros artículos solo delataba la improvisación y carencia de cohesión conceptual. El fracaso del pupilo de los jesuitas (abogado javeriano) fue estruendoso, mientras las universidades públicas eran arrasadas, bañadas en sangre, irremediablemente barranco abajo.

Ocho. Los años siguientes, entre los años setenta y ochenta, fueron de un auge desordenado de universidades de garaje. Ante el desprestigio creciente de los centros universitarios

públicos, la extrema inestabilidad institucional, el surgimiento de rectores policía, presencia de grupos insurgentes (cuya militancia era ya reclutada y entrenada tempranamente en los colegios públicos), desgreño administrativo, anomia en la formación profesoral, apatía investigativa, allanamientos a diario a los campus universitarios (no a las de las universidades como Andes, Externado, Rosario, EAFIT, claro está), cierres indefinidos de semanas, meses y cancelación de semestres... ante ese caos institucional la universidad pública se fue a pique. No contribuyeron mucho a la dignidad de la universidad pública presidentes como Alberto Lleras Camargo o Carlos Lleras al tildar a los estudiantes de comunistas y guerrilleros y la universidad pública guarida de maleantes revolucionarios. La bota militar, como se decía, fue recurrente, brutal...

Este clima asfixiante, como dijimos, marcó el declive de la universidad pública y la creación de entes privados, para los cuales el ICFES fue su fiel alcahuete. No era difícil encontrarse por esos años amigos en las calles céntricas de Bogotá y proponerme hacer parte de una pirámide sensacional llamada universidad X, Y y Z y fungir como vicerrector o decano. El festín fue insólito. Surgieron especímenes, sin poder clasificarlas en ningún directorio mundial de instituciones de educación superior, como la **Universidad Antonio Nariño** (¡hoy con veintiséis sedes!), **Universidad Católica de Colombia**, **Universidad INCCA**, **Universidad Central**, **Universidad Piloto**, **Universidad de Ibagué**, **Universidad del Bosque**, **Universidad de la Sabana**, **Universidad Sergio Arboleda**, **Universidad Autónoma del Caribe**, entre otro medio centenar. Todas, todas hoy con registro calificado. La desfachatez y desvergüenza campeó en esas directivas que se llenaron los bolsillos, al cabo de que se mostraban como los educadores de una nación hecha trizas.

De ahí que el intento, otra vez fracasado, de sacar adelante con Julio César Turbay Ayala (nuestro Pinochet con corbatín), una ley de educación superior, esta vez inspirada en la asesoría del prestante experto en educación superior, el nicaragüense **Carlos Tunnerman**, fue una crónica de un fracaso anunciado. Pese a la necesidad e importancia del proyecto, sucumbió ante las demandas de los jefes de las universidades privadas de elite, que veía en ella una riesgosa interferencia a sus negocios privados. La Corte Suprema de Justicia declaró inexecutable la ley por considerarla contra la libertad de empresa. No se puede pasar el renglón de estos años sin la mención del allanamiento que se efectuó en la Universidad Nacional el 16 de mayo de 1984. Nunca antes una arremetida tan brutal y luego sistemáticamente silenciada ensombreció nuestros claustros universitarios. Fue el principio del fin de la ya por sí maltrecha autonomía universitaria. El colofón fue la llegada como rector de Marcos Palacios, que autorizó cierre de residencias y restaurantes, y a él siguieron figuras tan equívocas (y de tan resonante perfil mediático) como Antanas Mockus. Esto facilitó el camino a la privatización de la universidad pública, universidad/ empresa, universidad de cara al gran capital y de espaldas al “país nacional”, para decirlo con la consigna de sabor hondamente populista de Jorge Eliécer Gaitán. Las últimas décadas, con Marcos Palacios, Mockus, Mantilla, Wasserman & un etcétera inolvidable, la Universidad Nacional no honra su lema: *“Inter Aulas Academiae Quære Verum*» «Busca la verdad en las aulas de la Academia».

Tampoco podemos silenciar las resonancias del MAS (acrónimo de Muerte a Secuestradores) esa tenebrosa organización narcoparamilitar, de extraditables, con apoyo de órganos del estado, empresarios y agencias de inteligencia gringa, para vengar el secuestro hecho a una hija de un gran capo, que tantas y adversas repercusiones en los campus de la Universidad de Antioquia, mano negra que se extendió y nunca se ha detenido del todo. Este continua violencia ha dejado víctimas mortales como los líderes docentes, Leonardo Betancur, Luis Fernando Vélez, Campo Elías Galindo, Hernán Henao, Darío Ruiz Garrido y los estudiantes Edison Castaño, José Abad Sánchez, Jhon Jairo Villa, Yowaldin Cardeño, Gustavo Franco y Gustavo Marulanda, entre muchos más. El Informe entregado por la UEP de nuestra Universidad tiene detalles aterradores sobre esta asonada terrorista.

Nueve. La Constitución de 1991, esa especie de Frankenstein jurídico, solo hizo agravar el panorama de sí deprimente del sistema universitario colombiano. El confuso artículo 67 del texto constitucional es un verdadero galimatías en que autoriza a quien pueda/quiera/desea o suponga ser educador: el Estado, la familia, las asociaciones de cualquier corte, desde las monjas carmelitas a los combos de barrio. Entre los más directos beneficiarios en el campo de la materia que tratamos de comprender, es decir, el galimatías de la universidad en Colombia, fueron los insignes pro-hombres Carlos Moreno de Caro con **Institución Universitaria de Colombia** y César Pérez con su **Universidad Cooperativa de Colombia**, el primero constantemente envuelto en escándalos por usurpar bienes patrimoniales de la ciudad de Bogotá y el segundo condenado por la masacre de Segovia. Para ambientar el show de *varietés*, cabe mencionar de paso el escándalo de la rectora/bailarina de cabaret Silvia Beatriz Gette Ponce, sindicada en su momento de asesinato para quedarse con la dirección de **la Universidad Autónoma del Caribe** y condenada por auto-préstamo. Esta expansión de la matrícula universitaria privada (crecían como hongos en primavera) coincidió en esas décadas con este fenómeno preocupante/aberrante en América Latina que diagnosticó y justificó el chileno J. J. Bunner. La pavorosa crisis fiscal de países como Argentina, Chile o Brasil facilitó la iniciativa privada, los gangazos para empresarios de la industria de cartones universitarios, esto en regiones donde el primado cordobés de la universidad pública era un acto de fe civil. ¿Qué esperar de nuestro piadoso país carista?

Diez. A la par de este escandaloso panorama muy muy muy macondiano, se trató de enmendar el camino con **Colombia: al filo de la oportunidad**, redactado por una llamativa y cursivamente apodada “Misión de los sabios”. Figuraron en ellas García Márquez (con uno de sus más flojos escritos) y Rodolfo Llinás, investigador del cerebro humano (nunca nos explicó la falta de sinapsis nacional). Pero la Misión coincidió con los créditos del BID a Colciencias, que hizo posible consolidar la cultura investigativa del país para la Universidad colombiana del siglo XXI. El salto fue cualitativo y muy provechoso, no obstante que esa normalización de la actividad investigativa (de cara a la globalización y la reconversión industrial anunciada por el presidente neoliberal de César Gaviria).

Gracias a Colciencias cientos de estudiantes pudieron hacer sus doctorados, maestrías en el exterior (ya no solo los chicos de los Andes), se fomentaron las publicaciones científicas, los grupos de investigación y los Centros de Investigación regionales, etc. Se creó un programa ppra lo que se llamba “cerebros fugados”, y retornaron algunos de nuestros compatriotas con

su título bajo la manga, con una plaza universitaria asegurada. El cambio fue favorable, repintó nuestro fallido sistema universitario, le dio una “segunda oportunidad”. Pero dejó casi intacto el pasado adverso que debía cargar: el gamonalismo (por su esencia anti-universitario) de más de un centenar de universidades privadas que en la capital y en la provincia servían de mampara a las clientelas políticas regionales, a la red de corrupción en la contratación con el Estado, etc.

Lo cierto es que, pese incluso a las recomendaciones del OCDE en el Informe realizado para Colombia en el 2013, impera hoy por hoy una anomia creciente. El rasero del registro calificado y las visitas de los pares más competentes deben ceder a la abrumadora realidad del día al día, de las presiones y jugarretas de los amos universitarios, de especies tropicales no clasificadas ni por el gran naturalista Buffon. Aquí se pasa por la faja, conforme el capricho presidencial, ministerial o rectoral, todos los estándares de calidad, es decir, principios de la democracia universitaria. Nada parece haber sido más desestimulante que el programa “Ser Pilo Paga” del gobierno de Juan Manuel Santos y su Ministra de Educación Gina Parody. El firmante del Acuerdo de paz con las extintas guerrillas de las FARC, decía orondo en Consejo de Ministros: “Esto parece una clase en Los Andes”. El fraude por “Ser Pilo paga” no ha empezado a investigarse. Lo que fue festín para unas (las privadas) fue penuria para otras (las públicas). La desvergonzada cifra que se regalaron a las universidades privadas de elite (entre ellas la muy católica **Universidad de la Salle**) fue una afrenta que agravó el déficit creciente de las universidades públicas, y que, como todos ustedes saben, provocó la manifestación estudiantil que sacó de su luna de miel con el poder a Iván Duque. Este mandatario, de una insensatez desvergonzada sin orillas, benefició a la Universidad Sergio Arboleda, con enormes contratos y nombramientos totalmente fuera de sitio, como el actual fiscal Barbosa. Las denuncias por de los presuntos delitos de la hija del rector de “la Sergio”, Rodrigo Noguera Calderón, es una más de las cientos de “pequeñeces” (para decirlo con el título de la novela de Luis Coloma) que se pueden documentar sin más esfuerzo sobre estos mecenas hechizos que defraudan a diario a la nación colombiana.

Solo quisiera rememorar, así sea por ociosidad cándida, el anecdotario que rodeó el ejemplar modelo de emprendimiento universitario de unos hermanos de apellido Losada Márquez. Estos hermanos compraron hace décadas unas casas y luego unos edificios en el Nicolás de Federmann, un barrio de clase media en el nor-occidente de la capital. Su ingenio fue aumentando en la medida en que acumulaban más bienes raíces, que carecía de toda autorización de funcionamiento. Para ocultar sus actividades docentes, cubrían los ventanales con grandes y gruesas cortinas. Se dictaba clases en las penumbras, como si se tratara de las catatumbas del cristianismo primitivo. En los bajos de los edificios traficaban con electrodomésticos que eran redimidos por vales con que se pagaba el servicio docente de sus profesores, mientras empleaban a sus estudiantes para repartir propaganda política y búsqueda de votos, menesteres que les significaba un descuento en la matrícula. Llegaron al senado, claro está. Más tarde el Ministro de Educación Francisco José Lloreda Mera les sancionó ejemplarmente la institución, pero no por ocupar indebidamente inmuebles no aptos para la labor universitaria, violar los derechos laborales de sus profesores, abusar con constreñimiento al elector a los estudiantes ni menos por razones de calidad docente o

investigativa. Eran los hermanos Losada enemigos políticos acérrimos de los Lloreda (lo habían denunciado no sé por qué triquiñuelas financieras en Ecuador, si mal no estoy).

Pero esta croniquilla, que pueden servir para inspirar una docena de historias de la Cándida vida estudiantil y sus ministros y rectores desalmados, la conocen cada uno de ustedes a su manera. Es el paisaje folclórico corriente de nuestra gran nación docente.

Así que la presentación que tuvimos la ocasión de presenciar en la mañana de hoy de la Ministra de Educación del proyecto en germen de la reforma de la Ley 30 de 1992 de Educación Superior, nos defraudó por otros motivos. Sin titubear, acorde con modelo funcionalista atildado (incluso sin jerga impertinente, carente de carisma o entusiasmo), se nos presentó ese proyecto, como quien oye recitar Platero y yo, que ya no ruboriza ni al padre Astete.

Pensé que habría un Robespierre revivido, un maximalista que nos sacara del ambiente soporífero que nos recordara una lejana utopía, que nos sacudiera hasta las entrañas, que fuera la chispa incendiaria que nos pusiera alerta ante el remanso ficticio de un articulado (decisivo y fundamental para el futuro de nuestra lacerada nación) que se debatirá próximamente en el Congreso de la República.

Se nos presentó pues una reforma de lo mínimo de lo mínimo que, en estas condiciones, nos arrebataría una oportunidad histórica de revertir décadas y quizás siglo y medio de una discusión sobre los fundamentos conceptuales y el sentido mismo de los estudios universitarios. Pero ¿qué son al fin los estudios universitarios? ¿Hay una forma satisfactoria de condensar un cúmulo de propuestas que son también fuerzas vitales aplazadas? ¿Hay una posibilidad de sacudirse de este entrapamiento semántico, tomar una vía alterna, una contravía depuradora? ¿Contiene ya este repaso al vuelo y con una intención meramente indicial una escapatoria menos desafortunada? ¿Nos liberaremos de esta trama de pesadilla? Y ¿a qué plazo?

NOTICIAS DE UNA VISITA MINISTERIAL

SEGUNDA PARTE: UN PROBLEMA DE PRINCIPIOS

Como ya escribimos, la visita de la Ministra de Educación a la Universidad de Antioquia respondió al interés de socializar, como se dice con el argot funcional, la reforma a la Ley 30 de 1992, que como también se sabe fue sancionada el 28 de diciembre de ese año de euforia neoliberal. La inocentada docente de César Gaviria veía pues coronado un intento permanente frustrado de dotar a la educación superior de un estatuto orgánico legal, tarea legislativa que había sucumbido en varias ocasiones desde Galán Sarmiento en 1971. Con la pomposa Ley 30, que solo poco a poco fue llegada a conocer por los mismos rectores universitarios meses después, se cerró un ciclo de incertidumbres campantes y a la vez se abrió una nueva era a la universidad colombiana. Tal vez sean los rectores Antanas Mockus de la Universidad Nacional y Luis Pérez Gutiérrez en la Universidad de Antioquia los personajes públicos más visibles que transformaron la letra legislativa en proyectos universitarios de alguna envergadura.

Mockus y Pérez Gutiérrez lograron descifrar el contenido modernizador de la Ley 30 en provecho y a mayor gloria del neoliberalismo, que eufóricamente se desatendía del asistencialismo estatal imperante desde Keynes en adelante, y celebraron una forma de autonomía universitaria que encerraba un dulce envenenando. Fue Mockus como Vicerrector de docencia, en 1992, quien lo formuló de un modo más expreso y, agreguemos, más efectista. La Universidad Nacional debe encarar la dura responsabilidad de adecuar sus ejes misionales para responder a los retos crecientes de la globalización y el mercado global de la apertura económica. No más Estado asistencialista. La Universidad Nacional debe estar a la altura de la revolución científica y ofrecer sus resultados, rentablemente, al mercado empresarial, recabar de la venta de sus patentes la fuente de financiación *motu proprio*. Sabiendo apelar al breve opúsculo kantiano “¿Qué es la Ilustración?” (poco antes traducido por el profesor Jaramillo Vélez), Mockus habló de “pensar por sí mismo”, sin advertir que su propuesta estaba enajenada por la fiebre anti-soviética y la confianza de la regulación del mercado para toda acción social en el capitalismo global.

La fórmula mágica también fue importada (sin aduanas filosóficas) y adecuada en esas décadas a la Universidad de Antioquia por Pérez Gutiérrez (algo similar tuvo que haber sucedido en la del Valle y la UIS). También aquí conmemoraba, disimuladamente, de ese modo la caída del nefando Muro de Berlín y el desmantelamiento de la Unión Soviética. Bye-bye Lenin. Un mundo sin comunismo era la ocasión no para el fin de la historia, sino de la historia de la fantasía bolchevique, la ocasión de la confianza de nuestras fuerzas universitarias para bastarse a sí mismas, dejar de depender del exiguo presupuesto estatal,

desatenderse de los mitologemas de la teoría de la dependencia y asegurar de paso la estabilidad política estudiantil. Un paquete completo, pues. Un mundo universitario feliz.

Esto era “un problema de principios”, como lo reiteraba una y otra vez el personaje de la novela *Cóndores no entierran todos los días*, León María Lozano, el santo protector e insignia del paramilitarismo posterior. Los principios que adecuamos al calor de la autogocijo de una era que superaba la Guerra fría (como postulado colateral) y a la vez del gobierno corporativo del mercado global, al cual nos adheríamos con una confianza más ingenua que el Cándido volteriano. Nada, sin embargo, luego de treinta años del modelo imperante del neoliberalismo que informa los proyectos universitarios de las universidades públicas como privadas (sobre todo las de élites y capacidad de competir en el mercado nacional), nada ha cambiado en el fondo o, dicho, con otras palabras, no se han podido sortear o conjurar los malas que socaban la autonomía, soberanía y libre desempeño de las universidades públicas. El déficit presupuestal es creciente, el posicionamiento en los ranking internacionales es muy preocupante, la violencia y malestar estudiantil, está a la orden del día, no obstante sus causas o síntomas o expresiones tengan orígenes múltiples y diversos.

Así que la utopía neoliberal, de la globalización planetaria, del autoritarismo neonazi, se tradujo en una pesadilla mundial. Hace aguas al llegar a la crisis más reciente. Lo vimos con ese hechizo intento golpista de caricatura de Trump al ordenar a unos desadaptados supremacistas el asalto al Capitolio. Lo vemos con la pandemia, la guerra a Ucrania, las crisis migratorias, el dramático cambio climático... Y ¿ahora qué?

Así que después de 30 años de la Ley 30, tenemos que preguntar mucho más a fondo sobre el sentido de una reforma a esta ley estructural del funcionamiento de la educación superior pública y qué camino tomar. Intuyo o sospecho que esta reforma, tal como se nos ha presentado, es de maquillaje (no hay teatro del mundo sin maquillaje), solo atiende a las demandas más sentidas del déficit presupuestal y se esfuerza por llenar los vacíos acumulados de cobertura y su ausencia más visibles en territorio, es decir, en la lejana y olvidada patria campesina colombiana.

La manera o modalidad expositiva de la Ministra de Educación en el Auditorio de la Universidad de Antioquia en día de ayer (12 de julio), que me resultó inquietante y hasta sospechosa, debe volverse a examinar, para dar un paso más adelante que ya nos allanó las anteriores consideraciones de cariz histórico o incluso historicista.

Una cosa de “principio” o de principios, es decir, de un acumulado histórico de conceptos que derivan en una toma de decisiones políticas, sin maquillajes o que amenazan abortar el intento (no ya en el juego de intereses parlamentarios, donde el lobby de los propietarios de universidades privadas tendrá un peso temiblemente decisorio) de una universidad estatal pública, a que salga fortalecida y se le garantice su sana y confiada existencia más allá de una financiación generosa. En este punto la generosidad no es una medida contable, sino un voto de confianza de raíz genético político de larga duración.

Vamos por pasos, igualmente.

Uno. Universidad estatal. Sólo una universidad estatal pública, es decir, un sistema cohesivo de universidades públicas (se entiende las llamadas ahora ITTUs), puede llegar a representar los intereses más diversos y profundos de la lacerada nación colombiana. El estatuto de universidad pública estatal va de la mano no solo de la independencia de los intereses más variados, regionales, clasistas, politiquero de exclusión por el dinero o color de piel o ambición electorera, sino debe constituirse en el soporte de una libertad individual, colectiva y de la comunidad docente, científica, técnico-tecnológica y artística. Comunidad política plural, Solo la universidad pública, estatal oficial (su sistema integral e integrativo), puede garantizar la transparencia, tras debates públicos abiertos, las razones de los contenidos de sus materias curriculares, el método o modelo para investigarlas y transmitir las a la comunidad universitaria, a la región, a la nación y a la comunidad internacional.

Solo una universidad pública, es decir, un cuerpo estructurado de universidades públicas estatales, puede garantizar y sostener en el tiempo estos imperativos ético-científicos y político-sociales de cara a la nación colombiana. En las raíces fundacionales de la Universidad Nacional (1867) y, tras hacer examen de los resultados de la desastrosa y especulativa educación privada (que solo había beneficiado a unas pocas familias encumbradas), se había llegado a constatar un “vacío intelectual”: “tenemos bombas de jabón aspirando a subir como globos aerostáticos”. Transcribo el lenguaje de esa época lejana que sigue hablando a nuestro presente, ansioso de un genuino y eficaz cambio, no tanto por su contenido epistemológico ya anacrónico sino por las razones políticas para decidir sobre terreno propio: “Reunir a los profesores experimentados i especiales que aun nos han quedado, por fortuna; metodizar cada ramo de enseñanza i la sucesión lójica de ellos, introduciendo el sistema objetivo en los elementales i el de ejercicios continuos en los superiores, i siguiendo un régimen inflexible a las exigencias caprichosas de los padres o acudientes; tales han sido los inmediatos efectos de la resurrección de la Universidad; otros, de un orden más elevado, no se harán esperar mucho”.

Dicho de una forma más contemporánea, la Universidad pública nacional garantiza una cohesión social, es decir, tiende a superar las enormes barreras de las jerarquías sociales, neutraliza los caprichos ideológicos (dogmatismo religioso o prejuicios sociales, raciales, regionales), fomenta el amor a los estudios, la pasión por el aprender desinteresado y en vista de un desarrollo propio, sin coartas ni atajos ni facilismos especulativos (de mercaderes de especies y baratijas de relumbrón en catálogo de promociones).

No otro fue el sentido de la fundación (para retomar un modelo hasta hoy que garantiza la calidad de la universidad en el mundo germánico) de la Universidad de Berlín, por el filósofo neo-humanista Wilhelm von Humboldt en 1810. En medio de una Prusia humillada por su derrota ante Napoleón, la erección de una universidad del Estado (en un cuerpo político regido por un Estado de derecho interno monárquico, sin Constitución) fue una pieza clave para superar la estructura estamental señorial y evitar los conflictos inter-clasista entre las elites aristocrático-burguesas, a favor de una entendimiento en el plano de la ciencia: filología teología, literatura, historia, derecho y matemáticas.

Solo el Estado, como cuerpo autónomo soberano y autosuficiente, supra clasista, supra regional y supra confesional, puede dar rienda suelta a la imaginación filosófica, al principio abstracto en juego permanente (no menos real) de que la ciencia es lo más humano del hombre en su libre campo inmenso, finito/ infinito, del saber. Esta raíz romántica del saber filosófico, el libre juego de la imaginación cuenta con ese padrino abstracto. El Estado como garante de esta tarea del espíritu absoluto. El Estado que deja libre a la comunidad profesoral/estudiantil a atender sin ataduras los problemas inminentes, para allanar los escollos que presenta las los desafíos más altos a la mente humana: elaborar un *curriculum* pedagógico que “dibuje en siluetas la historia de la formación y cultura del mundo” (Hegel).

Dos. Autonomía o soberanía universitaria. Solo una universidad pública estatal, por su esencia nacional (y latinoamericanista) puede garantizar la libertad de los cuerpos constitutivos que hacen, a diario y a largo plazo, la universidad: profesores, estudiantes y sociedad en su conjunto. Para darle color propio al dibujo “en siluetas la historia de la formación y cultura del mundo”. La discusión tiene también hondas raíces en la historia latinoamericana, como todos ustedes saben: el movimiento de la Reforma de Córdoba de 1918. La universidad para y por los universitarios. Es la consigna matriz que no nace del vacío caprichoso, sino que es la consecuencia de una entrapada y siempre fluctuante razón de existir en el curso de siglos de historia. La Reforma de Córdoba estaba llamada a proclamar un quiebre, una nueva fase de la independencia política que nos había desgarrado del seno de la Madre patria.

El peso o legado hispánico era un lastre para la universidad contemporánea, la universidad argentina que debía confrontar su doble pasado, para ser más precisos, el pasado escolástico colonial y el burgués positivista o proto-burgués del siglo XIX. El peso del presente se presentaba bajo una faz nueva. La llamada por José Luis Romero, Argentina aluvial, es decir, la Argentina redefinida por la presencia de millones de migrantes (principalmente españoles e italianos) demandaba una universidad nueva, una universidad en una sociedad de masas urbanas, una universidad comprometida con la ciencia al servicio de la complejidad multiplicada del siglo XX.

Los caminos divergentes y contradictorios de la vida moderna no podían reclamar un añejo molde de estudios jerárquico-repetitivo (de tono escolástico) ni tampoco una deteriorada filosofía del progreso indefinido de la humanidad de cuño ilustrado positivista. Los caminos de la modernidad reclamaban y exigían a la juventud algo menos simplista, una comprensión de la crisis profunda de los valores de confianza en la empresa del padre, en el progreso nacional, en la fe racional cartesiana. Los efectos de la Primera Guerra mundial había minado esa confianza en el patrón del norte centro-europeo. El deterioro de los principios solidificados desde el humanismo renacentista hasta el agresivo spencernianismo, que se traducía en un imperialismo como “fase superior del capitalismo”, como escribiría Lenin, ponía todo fuera de base, nada se sostenía en los postulados heredados por los padres.

Menos la institución universitaria. Las palabras preliminares del llamado Manifiesto universitario de Córdoba en la Argentina, han sido leídas por todos ustedes, no sin justa razón y (en la primera juventud), con el corazón encendido: “Hombres de una república libre,

acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”.

La gran elocuencia de estas palabras nos pone en guardia sobre la “movilización total” (Carl Schmitt) que se había experimentado en los campos mexicanos y, sobre todo, en San Petersburgo con la toma leninista del Palacio de Invierno. Pero lo que tiene de actualidad es, para Colombia hoy, la anunciación de una drástica discusión sobre la institución universitaria, el sentido de los estudios universitarios. Ellos deben postularse sobre un principio de libertad de cátedra, de libertad de investigación, de autonomía institucional, al margen de los tejemanejes partidistas y de los gamonalismos (por principios basados en el autoritarismo de aldea) y la corte de aduladores oportunistas.

Del filósofo socialista Alejandro Korn, elegido por los estudiantes como primer decano en este proceso auroral, provienen las siguientes reflexiones sobre la significación de la libertad profesoral/estudiantil: la Reforma es un movimiento incontenible cuya fuerza moral y poder proceden desde un magma ígneo, un deseo incontenible de transformar las caducas instituciones universitarias. Es un movimiento argentino, arraigado en su propio deseo de libertad y creación en que late el viejo lema creador de Esteban Echeverría (autor de “la Cautiva” y “El matadero”). Es un movimiento intelectual legitimado por “una verdadera crisis cultural”.

Expresamente el maestro argentino, Alejandro Korn, hijo de un militar prusiano que se negó a abalearse a los obreros en las revueltas de 1848 y autor de *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, habla de la libertad y derechos ganados por los y las estudiantes (porque por vez primera la mujer también está presente en los claustros universitarios) en los cuerpos directivos y de decisión de la universidad. Esto significa responsabilidades, coacción e intercambio saludable entre profesores y estudiantes. La lucha estudiantil “enaltece la vida universitaria”, es “capaz de conmover la inercia” y “de evitar el estancamiento. Sin ellos nada se ha hecho ni nada se habría hecho.” “Es la obra de la juventud, movida por impulsos tan vehementes y espontáneos como no había vuelto a germinar...” desde hace casi un siglo. La fuerza de la juventud ha renovado la marcha de la nación, movimiento de ruptura del que se quejan solo los asustadizos y quienes sin vergüenza había gobernado indigna y generalmente mediocremente las aulas universitarias.

Así que la autonomía universitaria no es un capricho desordenado, sino el connatural resultado de la vida juvenil, alerta, no esclerotizada, siempre inquieta y vigilante. Su generosidad cobija a sus conciudadanos, a la nación y nada para ella parece ajeno. El compañerismo desenfadado e incluso desenfrenado (la misma vida de bohemia y taberna) los distingue. Enfatiza el filósofo Korn en plena juventud a sus sesenta años: “*La libertad universitaria supone en el estudiante, como correlativo ineludible, el sentimiento de la dignidad y de la responsabilidad, los fueros de una personalidad consciente, regida por su propia disciplina ética*”.

Tres. Gratuidad de matrícula y manutención generosa. Si el espíritu universitario descansa en la vida estudiantil, en el joven estudiante, si el joven universitario se solidariza con sus compañeros y con las causas inter-personales y colectivas, si se le exige a él responsabilidades que van más allá de una simple rutina de rendimientos académicos, es de su natural esencia que las condiciones de existencia material y el confort de que le es preciso gozar le provenga del mismo Estado nacional. Matrícula cero es un postulado o consigna que se elevó como exigencia en las multitudinarias marchas del 2018 y 2019. El postulado vindicativo era, en realidad, un deber del Estado con sus estudiantes y una carga, perfectamente exigible al presupuesto de la nación. La gratuidad, es decir, la asistencia como deber ineludible del Estado, sobre todo para los estudiantes de universidades públicas (que, en rigor, debería ser un sistema universal y único) debe cubrir no solo la matrícula. También debe garantizar, transporte, residencia, salud y restaurante universitario. Sin estas condiciones de protección social integral, no es posible exigir o esperar un óptimo rendimiento y una corresponsabilidad compartida estudiante, profesor y Estado.

La falsa afirmación de que el estudiante se perdería en virtud de estos “mimos” (¿qué mimo puede ser aspirar a vivir con dignidad?) proviene de una malintencionada y hasta maligna comprensión de la dignidad humana y el connatural pie de igualdad entre los ciudadanos, independiente de clase, género o cultura. Hay un trasfondo de malicia o de concepción teológica de la naturaleza humana (el bíblico pecado original que nos hace a los humanos sospechosos de una maldad innata) al sostener que la creatura arrojada del Paraíso terrenal quien debe ganar el pan con el sudor de su propia frente. Pero esta concepción maliciosa cristiana de la naturaleza antropológica, no advierte que la sociedad ha evolucionado desde Adán al siglo XXI por caminos de acumulaciones de capitales y, sobre todo, que se ha derramado mucha tinta (y publicado extraordinarios libros desde la invención de Gutenberg: el primero el folleto sobre las indulgencias de Lutero que desató la Reforma protestante y el Capital de Marx y *El apoyo mutuo* de Kropotkin y el “Ismaelillo” de Martí) y que todo ello capital e ideas y literaturas humanitarias y humanista es un acumulado histórico a favor nuestro, es decir, ante todo y sobre todo para nuestras y nuestros estudiantes en Colombia.

Así que no pagar matrículas, comer colectivamente en restaurantes universitarios, dormir en cómodas residencias y disfrutar de conciertos de música y visitar museos e ir al cine no es sino el beneficio apropiado a los millones de estudiantes, sin distinción, en nuestra “ancha tierra siempre cubierta con pieles de soles” (Aurelio Arturo).

Cuatro. Conciencia latinoamericana. La vida universitaria colombiana debe y tiene que responder por la construcción activa, y siempre en susceptible modificación, de su gran legado continental, cultural, histórico y artístico, de México a la Patagonia. La mención, en este debate universitario de la Reforma universitaria de Córdoba (aun en el entendido que esta ya declinó en su importancia intelectual, como lo observó tempranamente José Carlos Mariátegui hacia 1927), es solo un signo y quizá un anuncio de esta unidad intrínseca de nuestro origen cultural común. La conciencia de este origen cultural común, es decir, las razones por las que debemos sentirnos como latinoamericanos y caminar por el mundo de las ideas como ciudadanos conscientes de ese patrimonio histórico gigantesco, lleno de riquezas enormes y casi todas desconocidas (por infortunio cada vez más), es un reclamo que se le

hace a la universidad colombiana, a sus intelectuales, poetas (¿dónde están pues?), a las instituciones que rigen y ordenan a la vida social de la nación.

Ya en el “Discurso de Angostura” (1819), cuando Simón Bolívar llamaba a la unidad de Venezuela, Colombia y Ecuador, tocaba una de las raíces culturales que nos unificaban como pueblos hispanoamericanos: éramos hijos de la colonización ibérica. El dolor, el sufrimiento, la sangre derramada a baldes, pero también el anhelo de libertad y la utopía de la unidad eran ese patrimonio de pueblos hermanos. No eran pues ni la lengua (aun en la importancia del castellano o portugués); ni la religión, ni el territorio lo decisivo: era el proceso de tres siglos de colonización que nos había dado el carácter de “comunidad de sentimientos” (para traer una categoría weberiana de nación). Así que somos hijos de Bolívar, por el incontestable caudal de ideas vigorosas, por las cientos de batallas que libró por la emancipación de España, por sus hermosas cartas de una fuerza expresiva inigualable... Su credo constitucional republicano (esto hace parte de su legado), era postulado de la soberanía nacional un rechazo por tanto de la autoridad monárquico absolutista del (vergajo y mala persona) Fernando VII.

También somos hijos del siglo XIX, de sus guerras infelices entre hermanos que se odiaban cordialmente (señores de hacienda) y sus dependientes que quienes se le llevaban a las contiendas, con la amenaza del rifle apuntando a sus espaldas, para que no se escabulleran de unas contiendas que no eran las suyas. Guerras de caudillos, de ambiciosos terratenientes, usureros, legalistas y leguleyos, que nos (y se) quedan sin nada tras la separación de Panamá. Mutilación del cuerpo nacional, que resentido (tanto como la separación de Venezuela y Ecuador, al fallecimiento del Libertador).

El largo siglo XIX, que en realidad nace en 1808 con la invasión de Napoleón a la Península ibérica y se va cerrando en la Revolución mexicana, la Reforma de Córdoba o la Masacre de las Bananeras (como se quieran contemplar las peculiaridades locales nacionales), nos abren a una revaloración del legado perdido, oculto: la herencia indígena. Tal vez tempranamente ya el peruano Manuel González Prada escribió sobre el “Indio” (1905), pero solo más tarde emergen los tesoros, en las excavaciones pioneras de Manuel Gamio en México, a efecto del ciclo zapatista, en los ensayos de interpretación peruano de José Carlos Mariátegui y quizá entre nosotros por virtud de autores como Guillermo Hernández Rodríguez o la incomparable Virginia Gutiérrez de Pineda (estudió con Kroeber en California, al ser perseguida por Laureano Gómez).

Solo estos micro-apuntes, cuyo cada principio merece un tratado completo y escapan a estas breves reflexiones sobre nuestra identidad cultural más profunda, apuntan a un problema tan manido y mal tratado: nuestra identidad como colombianos. Esta es parte de un todo fluctuante, de una trama histórica de siglos que nos hacen mudables, inestables, siempre un *plus* más, flexibles, mercuriales: que nos traen desde ese pasado ancestral (de que apenas quedan algunas etnias en Colombia que resisten a su desintegración, con sus lenguas, costumbres, formas de vida ajena a los patrones hispánicos, a los patrones ilustrados, a los patrones del consumismo pro-yanki).

Así que el problema de la unidad latinoamericana nos demanda un capítulo vertebral en los estudios universitarios, tanto en materia del pensum común que nos nutra nuestro sentido de

ciudadanía cosmopolita-latinoamericana, en visto del desconocimiento más vergonzoso de nuestro pasado nacional. Nada hay de raro que al cumplir los 200 años del Grito de Independencia (20 de julio de 1810), en 2010 una encuesta de ocasional arrojó que al menos la mitad de la población no sabía de qué imperio nos habíamos independizado. Así que este desarraigo voluntario o políticamente calculado (aunque sería propio de un ministerio muy eficiente, pues ocultar vale tanto como develar) es parte de una marca también histórica, del desamparo del ciudadano y de la penuria del estudiante universitario promedio colombiano.

La tarea no es solo educar en capacidades o aptitudes, como mandan los manuales pedagógicos (que generalmente dan risa o generan indignación) sino algo más esencial. Llenar de contenido vivo, histórico, con sangre y carne criolla nuestra identidad, darle dignidad consciente y efectiva al postulado del orgullo nacional que es la misma razón del orgullo de ser latinoamericanos (nunca lo sabe mejor que el migrante “sudaca” al lavar platos en Cataluña). Nunca más necesario hoy a Manuel Ugarte (como sustrato del grito cordobés y del sacrificio de Martí), que reclamaba una Patria Común Grande para los estudiantes latinoamericanos, con un visado multi-nacional y generoso a cada uno de nosotros.

Podríamos detenernos al examen de más principios o un cuerpo de ideas y conceptos matrices que deben sostener el espíritu universitario colombiano, enajenado en medio del bombardeo mediático que no conoce escrúpulos y solo reproduce fórmulas venenosas sensacionalista para captar la atención de un público absorto y muy muy muy desorientado. Las técnicas de dominación de los sistemas de comunicación de masas son las mismas, solo con variaciones que las desarrolladas de un modo “genial” por los jefes nazis. La dominación por la manipulación, mediante aparatos de reproducción técnica de la imagen y la voz humana (en general imágenes y sonidos, aunque resulten impotentes para reproducir olores, sabores ni sensaciones táctiles), es propia del desarrollo científico y tecnológico que la industria capitalista había desarrollado los siglos anteriores. La suma de estos resultados, la sociedad burguesa en su fase imperialista (para volver al vehemente escrito leninista), es el dominio de la naturaleza, el dominio del hombre, el dominio de la sociedad, el dominio las masas, el dominio “al inferior”, el dominio del planeta. La conquista del espacio (la llegada a la Luna o Marte) es la fase más reciente de ese esfuerzo humano que esconde la fórmula, tan aparentemente inocente de Descartes: “pienso luego existo”.

Contra ese fenómeno global y al parecer incontenible, no vale decir, “no pienso luego existo”, pues esto solo agrava la condición de dependencia y auto-destrucción. Le cabe al estudiante universitario valerse de sí mismo, elevarse de su condición de sufrimiento y desconcierto con una voluntad hercúlea y resistir, renegar en pos de su libertad en riesgo permanente. El miedo a libertad también está condicionado por efecto de la gran maquinaria (y sus artefactos sofisticados de poder), como nos lo indica Erich Fromm. Resistir entrañablemente, no engañarse a sabiendas, estudiar con empeño y furia desinteresada, perderse por pasajes, sobre todo cuando se siente sobre seguro... cosas tan elementales como un credo para una ciudadanía libre, responsable, libertaria.

La Ministra de Educación Aurora Vergara, en el Aula del Edificio de Extensión, nos dijo que la meta o propósito de su cartera era lograr que los jóvenes estudiantes, al culminar su ciclo educativo medio (bachillerato), tuvieran claro qué querían estudiar. Temo decirle que está muy equivocada. Los caminos de libertad pública para un estudiante no se trazan desde los cartapacios y programas de un Ministerio, cualesquiera que sean ellos y sus gestores públicos. Los caminos de la libertad humana son más espinosos que la conquista del Paraíso. Por el simple hecho que la libertad no es una meta fija, una obtención de un título, un cargo directivo, un premio literario, o cosas por el estilo. La conquista de la libertad es siempre incierta y hay que jugarla cada día sin descanso. La búsqueda de la libertad va de la mano de la búsqueda de la verdad y la verdad emerge allí y cuando menos se le inquiere y solicita imperativamente. En la voluntad individual puede haber algo de este impulso por “los caminos de la vida”. Pero no es suficiente, aunque siempre indispensable.

NOTICIAS DE UNA VISITA MINISTERIAL

TERCERA PARTE ¿QUÉ HACER?

La Ministra Vergara hizo gala, en el Edificio de Extensión de la Universidad de Antioquia, de una destreza discursiva impecable. Sus repuestas a las dieciocho preguntas que le hicieron los asistentes, entre directivas profesoras y movimientos estudiantiles, solo se pueden calificar de sobresalientes. Técnicas, objetivas. Generaron un cierto consenso sin protestas. Solo con un salvedad que reflejaba una reacción condicionada, de otros foros similares. Era la réplica a un estudiante que le cuestionaba el calendario precipitado de la propuesta de reforma que nadie conocía. El estudiante reclamó algo obvio, que por la tradición contestaría en su trayectoria estudiantil, de la Ministra, sabe que nadie puede poner en tela de juicio. Simplemente porqué no se sale a marchar por un articulado que nadie conoce. Acto de fe. La Ministra obró como un cura de parroquia de Vigía del Puerto: por un acto de fe. Esa misma inquietud, pero en muchas gargantas, escuché al asistir a un Encuentro Estudiantil en el Politécnico Jaime Cadavid Isaza, este viernes (14 de julio). El estudiantado, se seiente relegado.

El 20 de julio puede ser un cronograma exigido desde el Palacio de Nariño por el mandato presidencial, la voluntad soberana de Gustavo Petro Urrego. La ecuación de los once millones y medio de votos no es, sin embargo, directamente conmutable a una reforma de la Ley 30 de 1992. Sin más. Así que el 20 de julio próximo no es un término de un debate público, sino quizá el “En principio Dios creó el universo (universitario)”.

Pero ahora nos toca retomar la discusión de base de una reforma que debe ser un Big Bing sobre el cual debe (mal) entendernos en las próximas décadas, solo si solo si logramos pacificar los vientos huracanados de la maligna oposición y darle un fundamento sólido conceptual y estratégico a un proyecto de tan fundacional trascendencia.

La sugerencia que se me ha hecho, igualmente, que quizá una crítica a este articulado (que aún no conocemos) de la reforma a la Ley 30 de 1992, podría ser aprovechada por los granujas del CD, los uribitos de todos los colores pardos y negros de nuestro país, es inválida. No creo que ninguno se ponga en la tarea de escucharnos, leernos más de dos o tres líneas. Bien hacen. Nada tienen que buscar por aquí.

Vamos por partes, uno a uno como en los dos anteriores apartados.

Uno. ¿Qué hacer? Nos valemos de título del determinante documento de Vladimir Lenin, escrito en el instante en que, sin un solo viso de alcanzar los objetivos revolucionarios del Partido Socialista Obrero Ruso (1902), redactó, con una impaciencia muy característica, esas páginas que fueron como una Biblia de la acción política de la Tercera Internacional. Las ideas comunistas parecían claras, la táctica errada. Mucho corrió entre la formulación de esta especie de Manifiesto de la acción partidista a la toma del Palacio de Invierno, y el símil es perfectamente impertinente a nuestra muy marginal y muy modesta intención, claro está, si no mediara la necesidad de apurar los términos y lograr concitar algunos puntos en común.

Ningún cambio histórico, ningún logro de algún alcance es posible políticamente si no hay una cierto consenso o comunidad de ideales, así sea solo negativos. No podría haberse llegado a la fórmula sintética de los 17 artículos de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadanos si sus redactores solo hubieran consultado el Génesis y se pasaron escuchando los sermones del párroco. Hay ciertas condiciones para una revolución y hasta un poco menos para comprometer un debate a favor de una reforma de verdad a la Ley 30. Al menos sabemos qué no queremos, No queremos más Alejandro Gaviria, No más Los Andes. Este es una línea roja, de la propuesta estudiantil. La utopía negativa, es decir, toda utopía, desde 1789, de Saint-Simon, Fourier, Cabet, parte de saber en qué consiste el presente que más nos jode.

La simple negación a la universidad de Los Andes no es suficiente, es cierto. Un simple anti-es ocasional y equívoco. Pero esta Universidad es como una *sinécdoque* de un conjunto perverso, para usar una de las treinta figuras retóricas (que consisten en una sola: imaginar). Nuestra historia universitaria, que apenas está esbozada, precisa darle un perfil a este lastre que debemos rechazar, sin no advertir que la Ministra Vergara nunca hizo alusión en nuestro Auditorio, a la existencia del monstruo que amenaza nuestra legitimidad universitaria como universidad pública.

Dos. Un currículo mínimo. Todo proceso de cambio, reforma o revolución, precisa de un lenguaje común, una comunidad de ideas elaboradas colectivamente durante un tiempo suficiente (nunca hay un manual temporal para esto) y una modalidad de transmisión de saberes o conocimientos de modo que logremos decantar un universo emotivo, factual y conceptual, para reconocer qué no deseamos y qué quizás deseamos alcanzar. Sabemos hoy cuál es la pieza del zapato que más no aprieta, la pobreza extrema, la exclusión social, el maltrato femenino, el racismo, la destrucción del medio ambiente, el desempleo, la humillación de los de arriba, la desesperanza de nuestra juventud, sobre todo “Rodrigo, no futuro”.

Esto nos confiere una dignidad colectiva, una fe común por un cambio. Esta fe motiva desde el fondo de cada uno de nosotros un deseo de una universidad que no sea precisamente esta: en la que estudiamos, deseamos estudiar o no logramos estudiar. Pero precede a lo que deseamos estudiar o estudiamos, un latente deseo de comunidad, pues no basta que coreemos emotivos: “somos estudiantes para cambiar la sociedad”. Porque al coro muy popular cabe preguntar: ¿qué estudiamos? ¿para qué sociedad? En el coro juvenil hay, con todo, una cifra, una especie de Aleph, y así se marcha a paso apretado por buen camino.

Pero un currículo mínimo parte de una (in)consideración previa y es la discusión de un debate epistemológico, así suene el concepto, tan repugnante como se quiera considerar. Pero toca, es el primer paso.

Tres. Sobre un debate epistemológico. Deseamos ante todo disculparnos por la manifiesta impertinencia del concepto “epistemológico”, como un ratocinto en un mueble de Buckingham. Pero, como dijo el loco, toca. Este debate es previo a cualquier discusión presupuestal, a una clasificación de las ciencias y al lugar o no que deseamos obtener en los

(fraudulentos) Ranking internacionales. El asunto parece escapar a nuestras fuerzas, pero unas puntadas no sobran, mejor dichos son los ratoncitos en nuestro honorable Congreso.

La epistemología simplemente dice o trata de especular sobre el valor del conocer y sus jerarquías. Siempre estamos inmerso en un universo del conocer, incluso antes de nacer. Sentimos el amor o desamor de nuestra madre, su satisfacción de sentirnos o rechazarnos en nuestro vientre. Eso lo transmitimos a nuestros cerebro y no necesitamos ninguna Inteligencia Artificial para saber o sentir o llevar, de cualquier modo, este primer efecto entre el sentir y el conocer. Al nacer y durante los primeros años de la infancia cargamos o nos sostenemos con este grumo de placer o displacer. No precisamos de demasiada psicología para elaborar cada uno de nosotros y nosotras esas primeras sensaciones que nos sostienen o nos hacen sucumbir, alternativamente, reconocer el huésped indeseable de las incoherencia (inevitables). Al preguntar por las condiciones del pensar ya estamos pensando: pensamos cuando no queremos pensar y frecuentemente nos cansamos de pensar.

El asunto ahora es qué hacemos al filo de la decisión de nuestra vocación profesional o científica o artística (o su combinación). La Ministra Vergara parece tenerla ya clara. Nosotros no. Ni ahora pronto a una jubilación, a la que ningún profesor desea acceder (los profesores no nos jubilamos, nos morimos), lo logro saber. Bien el joven se pregunta: ¿Qué ser? ¿Profesional, tecnólogo, artesano, tendero, científicos, escultor, vago, desempleado, sucesor del patrón del mal, sin remedio? Esto es un inaudito. Estas “vocaciones” nos preceden y nos exceden. Pero ese punto tan inestable y poco confiable de partida, es el punto de partida o sus puntos sucesivos y suspensivos de partida epistemológicos ¿Cómo empezar a dialogar entre algo que es la pieza suelta, el resorte de espiral del reloj de cuerda del sistema universitario?

Volvamos pues otra vez a un manual al ¿qué hacer?, sin no tener temor de crear equívocos en cada letra.

Cuatro. Otra vez un debate epistemológico. El problema es filosófico. Simplemente un legado universal que ninguna legislación logra hacer como propiedad diferencial. Esto significa darle un lugar en un sistema de jerarquías a los saberes. ¿Es más la ciencia occidental de laboratorio que el conjuro del chamán? ¿La ciencia pura de hipótesis, el saber artesanal de quien nos coloca la puerta, la tecnología del plomero de alta precisión de tubería petrolera, la destreza del marino riverseño, el argumentación impecable del abogado internacionalista, la especulación hegeliana de nuestro filósofo de la Universidad de Antioquia?

En ese universo diverso y disperso de conocimientos humanos, al parecer debemos resignarnos con darle a cada uno su lugar cuando se lo merece. Miremos más decerca. Si atendemos al momento, el asunto resulta menos relativista, para encogerse los hombros. No se trata de solo la dicotomía, muy usual en este momento (y con sesgos ideológicos), entre saberes occidentales y ancestrales. Esto solo lleva a una confusión sin salidas. A un ahistoricismo oportunista, de parte y parte. La discusión la había zanjado el antropólogo Bronislaw Malinowski en *Los argonautas del Pacífico occidental*, en contra de su maestro James G. Frazer, profesor de la Universidad de Cambridge, la máxima autoridad de estudios

antropológicos, antes del estallido de la Primera Guerra mundial. Su gran obra maestra *La rama Dorada*, fue refutada al observar su discípulo (para eso son los grandes discípulos de los grandes maestros) que las líneas divisorias presupuestas entre magia, religión y ciencia son difusas, prácticamente una representación plagada de prejuicios culturalistas centro-europeos. Nada parece contener más destreza técnico-tecnológica que las canoas de los navegantes de las Islas Trobriand, que despliegan en un área marítima de miles de millas, con un dominio de los elementos naturales desconcertante, todo precedido y acompañado permanentemente por actos litúrgicos de bendiciones chamánicas.

Por caminos propios, pero sincrónicos, el alemán Franz Boas, en ese libro que debe de ser lectura ineludible de todos nuestros estudiantes, *Cuestiones fundamentales de la antropología cultural*, asevera que no hay razas (solo son representaciones culturales prejuiciosas de estas), que todas las culturas tienen un estándar cultural semejante y que el racismo es un producto propio del desarrollo vertiginoso de las grandes potencia capitalistas de finales del siglo XIX. No hay razas superiores ni inferiores, solo prejuicios arrogantes, tonterías ocasionales y oportunistas. Más aún: es imposible determinar biológicamente, por ningún medio, dónde empieza y dónde acaba una raza, cuál precede o sucede a otra. Todas las pruebas aducidas de los rasgos de genialidad o brutalidad racial son inconsistentes, convenientemente sesgadas. Como decía su igual, el gigante cubano Fernando Ortiz: “el engaño de las razas”

Así que esta discusión sobre las razas, o la consideración de establecer como principio el “antirracismo”, es un problema epistemológicamente superado, así sea que el *supremacismo* blanco nazi o gringo o húngaro o paisa, quiera vociferar a su inconsistente favor. Basta una lectura, entre amigos o colegas o clubes de lectura espontáneos, para llegar a esas conclusiones y de una vez pasar la página de la superioridad racial y de la superioridad cognitiva. Con estos debates se logró pasar de una afirmación ilustrada de Condorcet (a quien admiro profundamente) sobre el “progreso indefinido del género humano” (1792), a un contundente “pensamiento salvaje” de Levi-Strauss, muy heredero consecuente y contradictor de Emil Durkheim. Se necesitó un siglo y medio para esa superación: nosotros los podemos hacer con dos semestres bien conducidos al ingresar a la universidad. Nada parece más complejo que el llamado pensamiento salvaje, tan estructuralmente complejo, digamos, como el Proyecto Manhattan (que hizo posible la bomba atómica). Por caminos diversos, no por accidente, el científico llegó a desarrollar el “secreto” de lenguaje estructuralista al par que la fusión atómica.

Cinco. Otra vez un debate epistemológico. En medio de la tremenda crisis del humanismo y la ilustración europea, que significó el desastre de la Primera Guerra mundial (ya aludimos sus consecuencias de la “crisis de la cultura” que advirtió Alejandro Korn en la Argentina de 1918), publicó Herbert Marcuse un ensayo muy significativo: “Sobre el carácter afirmativo de la cultura” (1933). Era el año en que Hitler ascendía al poder en las elecciones para la Cancillería de la República de Weimar (República que hizo inmediatamente polvo el energúmeno hombrecito). En este escrito Marcuse, discípulo rebelde de Heidegger y lector de los “Manuscritos del 44” de Marx, traza una línea clara entre los conocimientos técnicos/tecnológicos/artesanales y los llamados científicos. Para Marcuse, Bacon representa

la defensa, o mejor, la protesta epistémica a favor de la técnica, de los conocimientos manuales, prácticos, en territorio, diríamos nosotros, por sobre el saber científico, teórico, libresco. Así que la polémica entre saber científico y técnico/tecnológico toca las fibras de la modernidad europea y un materialista como Marcuse (lector de Marx) apuesta por Bacon. Son en los socavones de las minas, en el día a día del experimento inductivo, el método de los mineros que bajan y suben sus carretas de carbón, desde donde emerge la ciencia, se logran las fórmulas científicas, como lo sostiene el barón de Verulamium en el *Novum Organum* (1620).

El debate es contemporáneo y toca con nuestra reforma universitaria: seguimos manteniendo un esquema jerárquico de arriba a abajo, un esquema en que privilegiamos las ciencias teóricas (científicas universitarias) por sobre los saberes técnicos o, para decirlo con un lenguaje emergente, ancestrales. ¿Dónde quedan los laboratorios médicos y de alta ingeniería frente a los exploradores “mechudos” de territorio en busca de la milagrosa ayahuasca? ¿Dónde nos sentamos a escuchar con atención y respeto a los maestros de obra, que llevan décadas estucando fachadas, y cuándo también a los ingenieros recién graduados de la Escuela de Ingeniería de Bogotá o Medellín?

También mucho de este debate epistemológico hay en Augusto Comte (“mirá pues”) en ese librito titulado el *Discurso sobre el espíritu positivo* (1844) que pasamos por la faja, cuando (robándole ideas a su maestro, el mencionado utopista Saint-Simon) observa que al idear una universidad nocturna popular (creo es el primero que la idea) nos asegura que no hay otra clase social más afín y empática para los conocimientos matemáticos, prácticos, que los obreros y artesanos, pues ellos están a diario en contacto con el material real (barro, agua, tierra, fuego), mientras los ociosos universitarios solo se las entienden con códigos y silogismo inútiles. La idea de esa escuela o universidad popular (recuerden fue un derivado del compromiso con la sociedad de la Reforma de Córdoba), aunque los propósitos políticos de Comte (el padre del positivismo) fueran para contener la rebelión obrera.

Así, mis (muy muy muy pacientes) lectores, estudiantes, colegas y parlamentarios, estamos ante el problema práctico del ¿Qué hacer?

Seis. Otra vez y otra vez sobre un debate epistemológico. Martín Heidegger (todos sabemos que estuvo comprometido con el régimen siniestro nazista) escribió un “escrito” (ni ensayo, ni artículo ni apunte ni fragmento) de enorme importancia titulado “La época de la imagen del mundo” en 1924 y que luego conjuntó en su libro *Caminos del bosque* (Holzwege). El ensayo es prístino y lo lee uno aún mientras esta en su primera gestación. Allí nos dice algo sustancial, al tratar de definir el estatus tan discutido entre ciencias físico-matemáticas y las ciencias histórico-espirituales. Entre unas y otras se abre una fosa intransitable. Al respecto no hay equívocos. Las dos son ciencias, ciertamente, pero de naturaleza sustancial diferenciadas. No hay, pues como diría Boas o Malinowski o Levi Strauss, ni un arriba ni un abajo cultural entre magia y ciencia. Ni Marcuse entre ciencia y técnica. Heidegger va más allá, o más profundo filosóficamente hablando. Perforando los socavones explorados por su maestro Edmund Husserl. Heidegger da en la diana de la

discusión. Las ciencias físico matemáticas son exactas porque persiguen, un resultado de ante mano, exacto, previsto como hipótesis de trabajo.

Presuponen para Heidegger una *matemata*, un fenómeno cíclico siempre igual en espacio y tiempo de un fenómeno observado en laboratorio o en la especulación teórica. *Matemata* es lo que subyace como presupuesto: que gira en su propio eje de tiempo y espacio. Por eso las ciencias naturales son y persiguen la exactitud. Son matemáticamente exactas. Deben y tiene que ser exactas, partir de un método compartido y registrado, y retornar a él con algo nuevo, matemáticamente digerible. Mientras que las llamadas ciencias históricas del espíritu parten de una incertidumbre, que Heidegger no explicita, pero que podemos llamar creatura en la tradición cristiana, libertad en la liberal o el ser allí de tono existencialista-heideggeriano. Cualquiera sea la situación, el hombre moral, su historia es incierta, abierta al acaso del destino (hasta el nihilismo). De este modo que lo que se considera ciencias humanas, o sociales, o histórico-espirituales solo operan con otros métodos, no en el vacío. Ellas deben controlar rigurosamente las fuentes de su pasado, corroborar su autenticidad y valorar hermenéuticamente su valor. Por eso “exactitud” es su propia incertidumbre.

La ciencias humanas o ciencias del espíritu como se llamaban en la jerga germana, había logrado salirse del fórceps positivista comtiano, ya en la *Historia* (1867) de J-G. Droysen. El historiador Droysen, influido por Hegel pero atento al historicismo monumental y erudito de von Ranke, logra dar un cuerpo consistente a la ciencia histórica: le da un método. Como le dio un método Durkheim a la sociología a partir de *La división del trabajo* (1896) y Freud al psicoanálisis con *Estudios sobre la histeria* (1895). Todas estas obras son básicas, el primer peldaño para empezar a descifrar el complejo universo del conocimiento científico y encara con alegría y confianza el infinito universo del conocimiento humano.

Sobre la pregunta (que no es pregunta porque es ignorancia) de si los estudios literarios tienen un lugar en las ciencias humanas, en el conocimiento del hombre universitario, nos remitimos a unas frases del muy jovencito Joyce que dicen: “En sus más altos estadios, el lenguaje, el estilo, la sintaxis, la poesía, la oratoria, la retórica, son los campeones y exponentes de la verdad, mírese como se me”. Fuente de bella verdad lingüística, pues nadie quien lea el *Mein Kampf* de Hitler puede maravillarse de su estilo sin horror.

Siete. Tres novelas de formación. La Ministra Vergara nos ha sugerido que una meta de su cartera era que los adolescentes, que se van a enfrentar a su futuro más decisivo (saber qué estudiar) debe tener ya resuelto antes de culminar su educación media, su vocación (es decir, al pasar por las incomprensible Pruebas Saber). Como escribí, esto me parece muy muy muy desafortunado. La decisión debe pasar por otra criba, por preguntas como ¿qué es un joven? ¿qué significa la juventud? ¿quién o qué opera por él involuntaria e inconscientemente al dar ese paso determinante? La literatura sociológica y nuestra propia experiencia de enseñar por tres décadas a jóvenes en universidad pública, solo nos arrojan interrogantes abiertos.

No quiero inquirir en la personalidad de nadie, pero hay algo de mí que arrastra una juventud que no deseé vivir y de la que quiero recordar, ni aquí. Siempre la literatura nos da la respuesta condicionada a este laberinto eternamente humano, que se agrava en las sociedades capitalistas “avanzadas”. Y en nuestra situación de *súbditos periféricos*. Tres ejemplos nos

bastan para adentrarnos en la personalidad del adolescente que se apresta a saltar al vacío de una profesión, científica, militar, religiosa, artesanal, artística o social-humanística. Hay también una vocación en no querer hacer nada de nada nunca. Por la decisión “personal” y “autónoma” habla el pasado, su familia (abuela, tío, sobrinita), la escuela, sus amantes, el cura, los vecinos, alguna pesadilla, una violación, una agresión imborrable, todo menos el joven atribulado entre tanta baraúnda sin reglas comprensibles. También no haber podido pasar el examen de ingreso a la universidad pública que deseaba o no poder pagar la matrícula de la universidad privada de élite que le dijeron era la mejor para garantizar buenas palancas.

Nada. Hay tres novelas que nos sumergen en este tormento de la adolescencia, novelas que podemos calificar de “formación” (si es que el modelo del Olímpico Goethe no estuviera agotado). *Las tribulaciones del joven Törless* (1906) de Robert Musil, *Retrato de un joven adolescente* (1918) de James Joyce y *Garabato* (1939) de José Antonio Osorio Lizarazo. La selección no es de ninguna manera arbitraria y una novela y otra nos habla a los jóvenes de hoy en Colombia, al momento de tomar una decisión, tan definitiva, de qué estudiar, sin consideración de la oferta curricular, tan convencional, en gran modo excluyente y tan tan tan poco atractiva.

El lector de las tres novelas puede de facto sacar una conclusión saludable: ser joven es una puta mierda. Pero tras esa saludable evidencia existencial puede ir armando un inventario muy provechoso para discutir sobre el proyecto de educación superior que ahora nos presentan en el Congreso, corazón de la democracia colombiana, desde su primera existencia republicana en 1821. Miremos el asunto sin mayores detalles, como conviene.

La estremecedora de Musil narra la historia de un joven de extracción burguesa austriaca que entra a una Escuela militar, bajo los ideales paternos. El amor a los padres es inconfundible en esa decisión, pues siempre nuestros progenitores desean lo mejor para su vástago. El joven Törless se ve envuelto en un ambiente estudiantil degradado, allí va a conocer, en escala microscópica, los trasfondos invisibilizados de su hosca sociedad, es decir, una Austria que sufre la crisis del liberalismo burgués y se apresta a todo tipo de fanatismo político (laten el espanto del infame exterminio del pueblos hereros y namaqua y la Revolución rusa de 1905). Törless vive esas tensiones con angustia, en la mansarda de la institución escolar: la violencia sorda, el autoritarismo social, la homosexualidad degradada, el fanatismo oculto. La degradación brutal machismo desenfrenado, compañerismo pusilánime de conveniencia y bajo intimidación. Es como un calvario, una caída sobre otra de su dignidad indecisa. Al fin, superando la opresión, se rebela el joven para denunciar una situación humillante.

En la famosa novela de Joyce, Stephen Dedalus padece las vicisitudes escolares de todo escolar de la Compañía de Jesús. El núcleo narrativo del héroe, que nunca es héroe, es el padecimiento, no de una escuela castrense, pero más o menos lo mismo: ser catecúmeno de San Ignacio de Loyola. Los Ejercicio espirituales son el núcleo de un padecimiento: una reclusión ocasional, le hace sentir las llamas del infierno. El terrorismo moral, como sustrato dogmático, de los afamados pedagogos.

El *Garabato* de Osorio Lizarazo, el joven plebeyo Juan Manuel Vásquez es hijo de un artesano, adoptado por caridad, en el Colegio San Bartolomé de los jesuitas de Bogotá:

autorretrato de sí mismo. Apodado Garabato, como burla de sus compañeros de alta sociedad, va a sufrir, todos los vejámenes, las intrigas y las burlas posibles. Flaquito, casi raquíto que huele a *miaos*. Las humillaciones minan su estima, se sabe marginal y la caridad se traga con hiel insoluble.

Las tres novelas mencionadas son aleccionadoras: la primera en el marco de la Austria imperial (donde Törless discute en las noches con el legado ético de Kant), la segunda Dedalus que se horroriza con los astutos ejercicios del padre de la Contrarreforma, Ignacio de Loyola, y la tercera, en la yerta Bogotá, dominada por una élite social horrenda que, años después, tildó y denunció el líder liberal Gaitán como “oligarquía”. La sociedad colombiana que nos llega al alma: denuncia a la oligarquía o “país político”. Todas nos ubican en la cuerda floja de una adolescencia, ante su destino incierto.

Pero hay una sustancial diferencia. Törless, en la Austria tras el fracaso de la burguesía constitucional (con el triunfo de la Alcaldía de Viena del anti-semita Karl Luger), o Dedalus, en la Irlanda católica (que vive en carne propia el catolicismo contrarreformista), logran salir del laberinto de su opresión, mientras el pobre Garabato, hijo de carpintero que había sido recibido por razones caritativas al semi-señorial colegio, se resigna a ser carpintero, tras tantas humillaciones. El ciclo vital de Garabato ¿acaso no anuncia la situación actual? Pues luego de grandes esfuerzos, casi siempre de formación profesional ¿los de abajo siguen abajo y los de arriba arriba? Destino providencial. Corroboración teológica de los caminos inescrutables de la divinidad. La nota auto-biográfica de la novela, la misma condición de desvalido, humillado y ofendido Garabato-Osorio Lizarazo (que tanto nos hace recordar a un Jorge Eliécer Gaitán en el Colegio Simón Araujo), es un retrato de un adolescente sin futuro. Es la sospecha de nuestro adolescente de barrio popular, en las últimas y más perdidas veredas: ningún esfuerzo compensa, seguiremos siendo pobres de solemnidad. Desesperanza.

Ocho. ¿Hay un micro-curriculum básico posible? Cada cual puede alegar el suyo, bajo el entendido de que se desprecia siempre o con regularidad arrogante lo que no conocemos, el mundo cognitivo que no conocemos ni frecuentamos o decididamente nos da pavor. Pero no deja de ser un rompedero de cabeza para el gobierno, para FECODE, para los maestros, profesores universitarios, padres de familia, iglesias o partidos, establecer una ruta que nos satisfaga, al menos a una parte de la población. Quizá esto pase por un debate regional, por un debate gremial o los por grandes cacaos de la docencia latinoamericana. Es decir, por plurales encuentros y muy dilatadas discusiones, públicas o a puerta cerrada. Pero hay que hacerlas e ir dando publicidad compartida sobre conclusiones provisionales. Como una enciclopedia que sepa a nosotros. Son muchos los que nos podrían guiar en esa redacción de millares de manos y de millares de voces. La lectura (individual, colectiva a coro o en seminarios especializados) de los grandes maestros latinoamericanos de Simón Rodríguez, Andrés Bello, Domingo Sarmiento, Enrique José Varona, Baldomero Sanín Cano, Gabriela Mistral, José Vasconcelos o Pedro Henríquez Ureña a Araseli de Tezanos, Silvana Corso, Jesualdo Sosa, Paulo Freire, son indicadores, no sin balbuceos e incertidumbres, de lo que estamos buscando.

Nueve. Del artículo 67 de la Constitución Nacional. El artículo 67 de la Constitución nacional que da asiento jurídico, con grado constitucional, del sistema educativo, es simplemente un galimatías, intencionalmente redactado para ese propósito. Para que todos lo que quieran, Estado, municipios, padres de familia, iglesias, fuerzas armadas, narcotraficantes, puedan participar en el festín educativo. Bajo el entendido de la libertad de enseñanza, todos, todas y todes puede montar su rancho escolar o universitario aparte: este artículo es así por lo contrario de lo que nos aseguró la Ministra en la presentación de la reforma de la Ley 30 de 1992. Más que una garantía es una piedra en el zapato para la reforma más adecuada, y esto lo sabrá cuando en el Congreso, en los medios de comunicación y en toda organización o grupo de poder organizado, con intereses propios, deseen meter la mano aviesa en este articulado de reforma. Todos, todas y todes. Así que nada anuncian más encendidos, desconcertantes y malintencionados debates.

Diez. ¿En doscientos años de Independencia no se ha hecho nada? Circula desde hace unos meses una frase que se supone muy rebelde y de tono vehementemente reivindicativo. “Desde hace doscientos años Colombia está en manos de los mismos con las mismas”... con sus variables de ocasión. Nada más falso y, en realidad perverso, pues sencillamente suponen que ha habido una especie de cerebro central malévolos (una entelequia del mal) que desde arriba y con una continuidad teológica nos ha gobernado a su antojo y de manera inalterable. Esto supone una organización nacional inmutable entre malos (poderosísimos) y buenos (tontísimos), como eternas víctimas de los de arriba. Ningún film por malo que sea de la nación puede resistir esta versión menos que ingenua, irracional. Aquí se viene cambiando mucho, cada una de las quince generaciones desde la época de Los Comuneros y Caldas a hoy han luchado contra las estructuras heredadas del largo ciclo colonial. La tenacidad del pasado nos abruma (eso lo sabía muy bien Edmund Burke, el padre putativo de todo conservador con seso). O ¿si no por qué y para qué la Independencia de España? A cada generación corresponde, más bien, luchar por los cambios que se le presentan como más urgentes y decisivos. Para romper no solo el tenaz *contium* de la historia, sino para contribuir en favor del futuro diferenciado que deseamos. Es la condición mínima de un debate sobre el destino de la universidad colombiana, sobre la universidad pública en particular (las ITTUs). Hay que estar alertas, sin tragar entero, sin repetir frases de cajón. Recabar como Törless, Dedalus, Garabato sobre el drama de su destino juvenil con agrio heroísmo. Esta es la prioritaria tarea del presente.

Despedida.

No quisiera terminar estas desmirriadas líneas sin agradecerle, de verdad, a la Ministra Aurora Vergara, por el valor de enfrentar una reforma de una dimensión inconmensurable, que nos desborda. Esta decisión se llama valor civil (heroica), parte de una convicción inconmensurable y quizá se asume por su juventud sin discusión. Todos, todas y todes agradecemos desde lo más íntimo un empeño semejante, incompensable, que solo puede semejarse al joven coronel Simón de Bolívar, al presentarse en Londres en 1810, para reclamar una independencia que le costaría quince años en conquistar en los campos de batalla y otros diez en tratar de domar en los despachos (contra sus intrigantes compatriotas de cinco naciones), muriendo en Santa Marta, no como dice García Márquez, de soledad,

sino con la conciencia de que en los siglos venideros ninguno de nosotros lo podríamos ignorar. Eso nos transmite ánimo y un vivo ánimo, desde este escritorio en la ignota Antioquia, de hacer tanto por tantos, tantas y tantes.